

Robert E. Howard

La Reina de la
Costa Negra



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA REINA DE LA COSTA NEGRA

ROBERT E. HOWARD

**PUBLICADO: 1934
FUENTE: STANDARDEBOOKS
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA REINA DE LA COSTA NEGRA

I - CONAN SE UNE A LOS PIRATAS

Cree que los brotes verdes despiertan en primavera,

Que el otoño pinta las hojas con fuego sombrío;

Cree que mantuve mi corazón inviolable

Para prodigar en un hombre mi ardiente deseo.

La Canción de Bêlit

Los cascots tamborilearon calle abajo, hacia los muelles. La gente que gritaba y se dispersaba solo tuvo una visión fugaz de una figura con cota de malla sobre un semental negro, con una amplia capa escarlata ondeando al viento. Calle arriba llegaba el grito y el estruendo de la persecución, pero el jinete no miró atrás. Irrumpió en los muelles y frenó en seco al semental encabritado justo en el borde del embarcadero. Los marineros se quedaron boquiabiertos mirándole, mientras se situaban junto al remo y la vela a rayas de una galera de proa alta y cintura ancha. El patrón, robusto y de barba ne-

gra, estaba en la proa, separando la nave de los pilotes con un bichero. Gritó con enfado cuando el jinete saltó de la silla y, con un largo salto, aterrizó directamente en la cubierta central.

—¿Quién te ha invitado a subir a bordo?

—¡Poneos en marcha! —rugió el intruso con un gesto feroz que salpicó gotas rojas de su espada ancha.

—¡Pero nos dirigimos a las costas de Kush! —exclamó el patrón.

—¡Entonces yo voy a Kush! ¡Zarpa, te digo! —El otro lanzó una rápida mirada calle arriba, por donde galopaba un escuadrón de jinetes; muy por detrás de ellos se afanaba un grupo de arqueros con ballestas al hombro.

—¿Puedes pagar tu pasaje? —exigió el patrón.

—¡Pago mi camino con acero! —rugió el hombre de la armadura, blandiendo la gran espada que brillaba con tonos azulados bajo el sol—. ¡Por Crom, hombre, si no zarpass, empararé esta galera en la sangre de su tripulación!

El patrón del barco era un buen juez de hombres. Una sola mirada al rostro oscuro y cicatrizado del espadachín, endurecido por la pasión, le bastó para gritar una orden rápida, empujando con fuerza contra los pilotes. La galera se deslizó hacia aguas abiertas, los remos comenzaron a chasquear rítmicamente; luego, una ráfaga de viento llenó la vela reluciente, el ligero barco se escoró ante la ráfaga y luego tomó su rumbo como un cisne, ganando velocidad mientras se deslizaba.

En los muelles, los jinetes agitaban sus espadas y gritaban amenazas y órdenes para que el barco virara, y pedían a gritos a los arqueros que se dieran prisa antes de que la nave estuviera fuera del alcance de las ballestas.

—Déjalos desvariar —sonrió el espadachín con audacia—. Mantén el rumbo, maestro timonel.

El patrón descendió de la pequeña cubierta de proa, se abrió paso entre las filas de remeros y subió a la cubierta central. El extraño estaba allí de espaldas al mástil, con los ojos entrecerrados y alerta, la espada lista. El marinero lo miró fijamente, cuidando de no hacer ningún movimiento hacia el largo cuchillo que llevaba en el cinturón. Vio una figura alta y poderosamente construida con un coselete de escamas negras, grebas bruñidas y un

casco de acero azul del que sobresalían cuernos de toro muy pulidos. De los hombros acorazados caía la capa escarlata, ondeando con la brisa marina. Un ancho cinturón de piel de zapa con una hebilla dorada sostenía la vaina de la espada ancha que portaba. Bajo el casco con cuernos, una melena negra de corte cuadrado contrastaba con unos ojos azules ardientes.

— Si hemos de viajar juntos — dijo el patrón —, más vale que estemos en paz el uno con el otro. Mi nombre es Tito, patrón de barco con licencia de los puertos de Argos. Me dirijo a Kush para comerciar con cuentas, sedas, azúcar y espadas de empuñadura de latón con los reyes negros a cambio de marfil, copra, mineral de cobre, esclavos y perlas.

El espadachín miró hacia los muelles que retrocedían rápidamente, donde las figuras aún gesticulaban impotentes, teniendo evidentemente problemas para encontrar un bote lo bastante rápido como para alcanzar a la veloz galera.

— Soy Conan, un cimmerico — respondió —. Vine a Argos buscando empleo, pero sin guerras a la vista, no había nada a lo que pudiera dedicar mi mano.

— ¿Por qué te persiguen los guardias? — preguntó Tito —. No es que sea asunto mío, pero pensé que tal vez...

— No tengo nada que ocultar — respondió el cimmerico —. Por Crom, aunque he pasado mucho tiempo entre vosotros, los pueblos civilizados, vuestras costumbres siguen escapando a mi comprensión.

» Verás, anoche en una taberna, un capitán de la guardia del rey agredió a la novia de un joven soldado, quien naturalmente lo atravesó con su espada. Pero parece que hay alguna ley maldita contra matar guardias, y el chico y su chica huyeron. Se rumoreó que me habían visto con ellos, así que hoy me llevaron ante el tribunal, y un juez me preguntó adónde había ido el muchacho. Respondí que, puesto que era amigo mío, no podía traicionarlo. Entonces el tribunal se enfureció, y el juez habló mucho sobre mi deber hacia el estado, y la sociedad, y otras cosas que no entendí, y me ordenó decir dónde había huido mi amigo. Para entonces yo ya me estaba enfadando, pues ya había explicado mi posición.

» Pero me tragué mi ira y guardé silencio, y el juez chilló que había mostrado desacato al tribunal, y que debía ser arrojado a una mazmorra para

puerme hasta que traicionara a mi amigo. Así que entonces, viendo que estaban todos locos, desenvainé mi espada y le partí el cráneo al juez; luego me abrí paso fuera del tribunal a espadazos y, viendo el semental del alto condestable atado cerca, cabalgué hacia los muelles, donde pensé encontrar un barco con destino a tierras extranjeras.

— Bueno — dijo Tito con firmeza —, los tribunales me han desplumado demasiadas veces en pleitos con ricos mercaderes como para que les deba algún amor. Tendré preguntas que responder si alguna vez vuelvo a anclar en ese puerto, pero puedo probar que actué bajo coacción. Puedes guardar tu espada. Somos marineros pacíficos y no tenemos nada contra ti. Además, no está de más tener a un luchador como tú a bordo. Sube al castillo de popa y tomaremos una jarra de cerveza.

— Me parece bien — respondió prontamente el cimmerico, envainando su espada.

El Argus era un barco pequeño y robusto, típico de esas naves comerciales que viajan entre los puertos de Zingara y Argos y las costas del sur, abrazando la línea costera y aventurándose rara vez en el océano abierto. Tenía la popa alta, con una proa alta y curva; ancho en la cintura, inclinándose bellamente hacia la roda y el codaste. Se guiaba por el largo remo desde la popa, y la propulsión se suministraba principalmente por la ancha vela de seda a rayas, ayudada por un foque. Los remos eran para usar al salir de arroyos y bahías, y durante las calmas. Había diez por lado, cinco a proa y cinco a popa de la pequeña cubierta central. La parte más preciada de la carga estaba estibada bajo esta cubierta y bajo la cubierta de proa. Los hombres dormían en cubierta o entre los bancos de los remeros, protegidos del mal tiempo por toldos. Con veinte hombres en los remos, tres en el timón y el patrón, la tripulación estaba completa.

Así, el Argus avanzó constantemente hacia el sur, con buen tiempo constante. El sol batía día tras día con un calor más feroz, y se desplegaron los toldos: telas de seda a rayas que hacían juego con la vela resplandeciente y el brillante trabajo en oro de la proa y a lo largo de las bordas.

Avistaron la costa de Shem: largas praderas onduladas con las coronas blancas de las torres de las ciudades en la distancia, y jinetes con barbas negro azulado y narices aguileñas, que se sentaban en sus corceles a lo largo

de la orilla y miraban la galera con sospecha. No atracaron; había escaso beneficio en el comercio con los hijos de Shem.

Tampoco el maestro Tito entró en la amplia bahía donde el río Estigia vaciaba su gigantesco caudal en el océano, y los enormes castillos negros de Khemi se alzaban sobre las aguas azules. Los barcos no entraban sin ser invitados en este puerto, donde hechiceros oscuros tejían terribles hechizos en la oscuridad del humo de los sacrificios que ascendía eternamente desde altares manchados de sangre donde mujeres desnudas gritaban, y donde se decía que Set, la Vieja Serpiente, archidemonio de los hiborios pero dios de los estigios, retorció sus brillantes anillos entre sus adoradores.

El maestro Tito dio un amplio margen a esa bahía de suelo de cristal soñador, incluso cuando una góndola con proa de serpiente salió disparada desde detrás de una punta de tierra almenada, y mujeres oscuras y desnudas, con grandes flores rojas en el pelo, se levantaron y llamaron a sus marineros, posando y gesticulando descaradamente.

Ya no se alzaban torres brillantes tierra adentro. Habían pasado las fronteras del sur de Estigia y navegaban a lo largo de las costas de Kush. El mar y los caminos del mar eran misterios interminables para Conan, cuya patria estaba entre las altas colinas de las tierras altas del norte. El vagabundo no era menos interesante para los robustos marineros, pocos de los cuales habían visto alguna vez a uno de su raza.

Erab marineros argoseos característicos, bajos y de constitución robusta. Conan se elevaba por encima de ellos, y ni dos de ellos juntos podían igualar su fuerza. Eran duros y robustos, pero la suya era la resistencia y vitalidad de un lobo, sus tendones acerados y sus nervios afilados por la dureza de su vida en los yermos del mundo. Era rápido para reír, rápido y terrible en su ira. Era un valiente comensal, y la bebida fuerte era una pasión y una debilidad para él. Ingenuo como un niño en muchos aspectos, no familiarizado con la sofistería de la civilización, era naturalmente inteligente, celoso de sus derechos y peligroso como un tigre hambriento. Joven en años, estaba endurecido en la guerra y el vagabundeo, y sus estancias en muchas tierras eran evidentes en su vestimenta. Su casco con cuernos era como el que llevaban los Æsir de cabellos dorados de Nordheim; su cota de malla y grebas eran de la mejor mano de obra de Koth; la fina cota de anillos que cubría sus brazos y piernas era de Nemedias; la hoja

en su cinto era una gran espada ancha de Aquilonia; y su magnífica capa escarlata no podía haber sido tejida en otro lugar que no fuera Ofir.

Así navegaron hacia el sur, y el maestro Tito comenzó a buscar las aldeas de altos muros de la gente negra. Pero solo encontraron ruinas humeantes en la orilla de una bahía, sembrada de cuerpos negros desnudos. Tito maldijo.

—Tenía buen comercio aquí, antaño. Esto es obra de piratas.

—¿Y si nos encontramos con ellos? —Conan aflojó su gran hoja en la vaina.

—El mío no es un barco de guerra. Corremos, no luchamos. Aun así, si llegara el momento, hemos rechazado a saqueadores antes, y podríamos hacerlo de nuevo; a menos que fuera el Tigresa de Bêlit.

—¿Quién es Bêlit?

—La diablesa más salvaje que jamás haya eludido la horca. A menos que lea mal las señales, fueron sus carniceros quienes destruyeron esa aldea en la bahía. ¡Ojalá algún día la vea colgando de la verga! La llaman la reina de la costa negra. Es una mujer shemita que lidera a asaltantes negros. Acosan el transporte marítimo y han enviado a muchos buenos comerciantes al fondo.

De debajo de la cubierta de popa, Tito sacó jubones acolchados, cascos de acero, arcos y flechas.

—De poco sirve resistirse si nos alcanzan —gruñó—. Pero raspa el alma entregar la vida sin luchar.

Fue justo al amanecer cuando el vigía gritó una advertencia. Alrededor de la larga punta de una isla por la amura de estribor se deslizó una forma larga y letal, una esbelta galera serpentina, con una cubierta elevada que iba de proa a popa. Cuarenta remos a cada lado la impulsaban velozmente por el agua, y la borda baja bullía de negros desnudos que cantaban y chocaban lanzas contra escudos ovalados. Del tope del mástil ondeaba un largo pendón carmesí.

—¡Bêlit! —gritó Tito, palideciendo—. ¡Rápido! ¡Virad! ¡Hacia la boca de ese arroyo! ¡Si podemos vararla antes de que nos embistan, tenemos una oportunidad de escapar con vida!

Así, virando bruscamente, el Argus corrió hacia la línea de rompientes que retumbaba a lo largo de la orilla bordeada de palmeras, Tito caminando de un lado a otro, exhortando a los jadeantes remeros a mayores esfuerzos. La barba negra del patrón se erizó, sus ojos fulguraban.

— Dame un arco — pidió Conan —. No es mi idea de un arma viril, pero aprendí arquería entre los hyrkanios, y será difícil que no pueda emplumar a un hombre o dos en esa cubierta.

De pie en la popa, observó el barco serpentino deslizándose ligeramente sobre las aguas y, aunque era hombre de tierra, le resultó evidente que el Argus nunca ganaría esa carrera. Ya las flechas, arqueándose desde la cubierta pirata, caían con un siseo en el mar, no a veinte pasos por la popa.

— Será mejor que plantemos cara — gruñó el cimmerico —; si no, moriremos todos con flechas en la espalda y sin haber asestado un solo golpe.

— ¡Dadle duro, perros! — rugió Tito con un gesto apasionado de su puño musculoso. Los remeros barbudos gruñeron, tiraron de los remos, mientras sus músculos se enroscaban y anudaban, y el sudor brotaba en sus pieles. Las maderas de la robusta y pequeña galera crujieron y gimieron mientras los hombres prácticamente la arrancaban a través del agua. El viento había caído; la vela colgaba inerte. Más cerca se arrastraban los inexorables asaltantes, y todavía estaban a una buena milla de la rompiente cuando uno de los timoneles cayó con arcadas sobre un remo, con una larga flecha atravesándole el cuello. Tito saltó para tomar su lugar, y Conan, separando los pies en la ondulante cubierta de popa, levantó su arco. Ahora podía ver claramente los detalles del pirata. Los remeros estaban protegidos por una línea de manteletes elevados a lo largo de los costados, pero los guerreros que bailaban en la estrecha cubierta estaban a plena vista. Estos estaban pintados y emplumados, y en su mayoría desnudos, blandiendo lanzas y escudos manchados.

En la plataforma elevada de proa se alzaba una figura esbelta cuya piel blanca brillaba en deslumbrante contraste con las brillantes pieles de ébano a su alrededor. Bêlit, sin duda. Conan llevó la flecha a su oreja... entonces algún capricho o escrúpulo detuvo su mano y envió la flecha a través del cuerpo de un alto lancero emplumado junto a ella.

Mano sobre mano, la galera pirata estaba alcanzando al barco más ligero. Las flechas caían como lluvia alrededor del Argus , y los hombres gritaban. Todos los timoneles habían caído, convertidos en alfileteros, y Tito manejaba el enorme remo solo, jadeando maldiciones negras, sus piernas firmes eran nudos de tendones en tensión. Luego, con un sollozo, se hundió, con una larga flecha temblando en su robusto corazón. El Argus perdió velocidad y se balanceó en el oleaje. Los hombres gritaron confundidos, y Conan tomó el mando a su manera característica.

— ¡Arriba, muchachos! —rugió, soltando con un vicioso tañido de cuerda—. ¡Agarrad vuestro acero y dad a estos perros unos cuantos golpes antes de que nos corten la garganta! Es inútil doblar más la espalda: ¡nos aboradarán antes de que podamos remar otros cincuenta pasos!

Desesperados, los marineros abandonaron sus remos y tomaron sus armas. Fue valiente, pero inútil. Tuvieron tiempo para una lluvia de flechas antes de que el pirata estuviera sobre ellos. Sin nadie al timón, el Argus rodó de costado, y la proa revestida de acero del asaltante se estrelló contra él en el centro del barco. Los garfios crujieron contra el costado. Desde las altas bordas, los piratas negros lanzaron una descarga de flechas que atravesaron las chaquetas acolchadas de los condenados marineros, y luego saltaron lanza en mano para completar la matanza. En la cubierta del pirata yacían media docena de cuerpos, una prueba de la arquería de Conan.

La lucha en el Argus fue corta y sangrienta. Los robustos marineros, que no eran rival para los altos bárbaros, fueron abatidos hasta el último hombre. En otro lugar, la batalla había tomado un giro peculiar. Conan, en la elevada popa, estaba al nivel de la cubierta pirata. Cuando la proa de acero se clavó en el Argus , se preparó y mantuvo el equilibrio bajo el impacto, arrojando su arco. Un alto corsario, saltando sobre la borda, fue recibido en el aire por la gran espada del cimmerico, que lo cortó limpiamente a través del torso, de modo que su cuerpo cayó hacia un lado y sus piernas hacia otro. Luego, con un estallido de furia que dejó un montón de cadáveres destrozados a lo largo de las bordas, Conan saltó sobre la barandilla y cayó en la cubierta del Tigresa .

En un instante fue el centro de un huracán de lanzas punzantes y garrotes azotadores. Pero se movía en un borrón cegador de acero. Las lanzas se doblaban en su armadura o cortaban el aire vacío, y su espada cantaba su

canción de muerte. La locura de combate de su raza estaba sobre él, y con una niebla roja de furia irracional oscilando ante sus ojos llameantes, partió cráneos, aplastó pechos, cercenó miembros, arrancó entrañas y sembró la cubierta como un matadero con una cosecha espantosa de cerebros y sangre.

Invulnerable en su armadura, con la espalda contra el mástil, amontonó cadáveres destrozados a sus pies hasta que sus enemigos retrocedieron jadeando de rabia y miedo. Entonces, cuando levantaron sus lanzas para arrojarlas, y él se tensó para saltar y morir en medio de ellos, un grito agudo congeló los brazos levantados. Se quedaron como estatuas, los gigantes negros preparados para lanzar las lanzas, el espadachín acorazado con su hoja goteando.

Bêlit saltó ante los negros, bajando sus lanzas. Se volvió hacia Conan, con el pecho agitado y los ojos centelleantes. Feroces dedos de asombro le agarraron el corazón. Era esbelta, pero formada como una diosa: a la vez ágil y voluptuosa. Su única vestimenta era un ancho cinturón de seda. Sus blancos miembros de marfil y los globos de marfil de sus pechos provocaron un latido de feroz pasión en el pulso del cimmerico, incluso en la jadeante furia de la batalla. Su rico cabello negro, negro como una noche estigia, caía en ondulantes racimos bruñidos por su espalda flexible. Sus ojos oscuros ardían sobre el cimmerico.

Era indómita como un viento del desierto, flexible y peligrosa como una pantera. Se acercó a él, sin importarle su gran hoja, goteando con la sangre de sus guerreros. Su muslo flexible rozó contra él, tan cerca llegó al alto guerrero. Sus labios rojos se separaron mientras miraba hacia sus sombríos ojos amenazadores.

—¿Quién eres? —exigió—. Por Ishtar, nunca he visto a nadie como tú, aunque he recorrido el mar desde las costas de Zingara hasta los fuegos del sur último. ¿De dónde vienes?

—De Argos —respondió secamente, alerta ante la traición. Si su mano delgada se movía hacia la daga enjoyada en su cinto, un golpe de su mano abierta la dejaría sin sentido en la cubierta. Sin embargo, en su corazón no temía; había sostenido a demasiadas mujeres, civilizadas o bárbaras, en sus brazos de tendones de hierro, como para no reconocer la luz que ardía en los ojos de esta.

— ¡No eres un blando hiborio! — exclamó ella—. Eres feroz y duro como un lobo gris. Esos ojos nunca fueron atenuados por las luces de la ciudad; esos músculos nunca fueron ablandados por la vida entre muros de mármol.

— Soy Conan, un cimmerico — respondió.

Para la gente de los climas exóticos, el norte era un reino laberíntico y semimítico, poblado por feroces gigantes de ojos azules que ocasionalmente descendían de sus fortalezas heladas con antorcha y espada. Sus incursiones nunca los habían llevado tan al sur como Shem, y esta hija de Shem no hacía distinción entre Æsir, Vanir o Cimmerico. Con el instinto infalible de lo femenino elemental, supo que había encontrado a su amante, y su raza no significaba nada, salvo en cuanto lo investía con el glamur de tierras lejanas.

— Y yo soy Bêlit — gritó, como quien dice: «Yo soy la reina».

— ¡Mírame, Conan! — Abrió los brazos—. Soy Bêlit, reina de la costa negra. Oh, tigre del Norte, eres frío como las montañas nevadas que te crían. ¡Tómame y aplástame con tu amor feroz! ¡Ve conmigo a los confines de la tierra y a los confines del mar! Soy una reina por fuego, acero y matanza; ¡sé tú mi rey!

Sus ojos recorrieron las filas manchadas de sangre, buscando expresiones de ira o celos. No vio ninguna. La furia había desaparecido de los rostros de ébano. Se dio cuenta de que para estos hombres Bêlit era más que una mujer: una diosa cuya voluntad no se cuestionaba. Miró al Argus, hundiéndose en el lavado carmesí del mar, escorado, con las cubiertas inundadas, sostenido por los garfios. Miró la orilla de flecos azules, las lejanas brumas verdes del océano, la figura vibrante que estaba ante él; y su alma bárbara se agitó en su interior. Explorar esos reinos azules y brillantes con esa joven gata montés de piel blanca... amar, reír, vagar y saquear...

— Navegaré contigo — gruñó, sacudiendo las gotas rojas de su hoja.

— ¡Ho, N'Yaga! — su voz sonó como la cuerda de un arco—. ¡Trae hierbas y cura las heridas de tu amo! El resto de vosotros subid el botín a bordo y soltad amarras.

Mientras Conan se sentaba con la espalda contra la barandilla de popa, y el viejo chamán atendía los cortes en sus manos y extremidades, la carga del infortunado Argus fue rápidamente trasladada a bordo del Tigresa y alma-

cenada en pequeños camarotes bajo cubierta. Los cuerpos de la tripulación y de los piratas caídos fueron arrojados por la borda a los tiburones que se arremolinaban, mientras que los negros heridos eran colocados en la cintura para ser vendados. Luego se soltaron los garfios, y mientras el Argus se hundía silenciosamente en las aguas manchadas de sangre, el Tigresa se alejó hacia el sur al ritmo del chasquido de los remos.

Mientras avanzaban sobre el azul profundo y cristalino, Bêlit subió a la popa. Sus ojos ardían como los de una pantera en la oscuridad mientras se arrancaba sus adornos, sus sandalias y su cinturón de seda y los arrojaba a sus pies. Poniéndose de puntillas, con los brazos estirados hacia arriba, una línea temblorosa de blancura desnuda, gritó a la horda desesperada:

— ¡Lobos del mar azul, contemplad ahora la danza, la danza de apareamiento de Bêlit, cuyos padres fueron reyes de Askalon!

Y bailó, como el giro de un torbellino del desierto, como el salto de una llama inextinguible, como el impulso de la creación y el impulso de la muerte. Sus pies blancos despreciaron la cubierta manchada de sangre y los hombres moribundos olvidaron la muerte mientras la miraban congelados. Entonces, cuando las estrellas blancas brillaron a través del crepúsculo de terciopelo azul, haciendo de su cuerpo giratorio un borrón de fuego de marfil, con un grito salvaje se arrojó a los pies de Conan, y la marea ciega del deseo del cimmerico barrió todo lo demás mientras aplastaba su forma jadeante contra las placas negras de su pecho acorazado.

II - EL LOTO NEGRO

En esa ciudadela muerta de piedra desmoronada

Sus ojos fueron atrapados por ese brillo impío,

Y una curiosa locura me agarró por la garganta,

Como la de un amante rival entrometido.

La Canción de Bêlit

El Tigresa recorría el mar, y las aldeas negras se estremecían. Los tam-tams batían en la noche, con la historia de que la diablesa del mar había encontrado pareja, un hombre de hierro cuya ira era como la de un león herido. Y los supervivientes de los barcos estigios masacrados nombraban a Bêlit con maldiciones, y a un guerrero blanco con feroces ojos azules; así los príncipes estigios recordaron a este hombre por mucho, mucho tiempo, y su memoria fue un árbol amargo que dio frutos carmesíes en los años venideros.

Pero despreocupado como un viento vagabundo, el Tigresa cruzó las costas del sur, hasta que ancló en la desembocadura de un río ancho y hosco, cuyas orillas eran muros de misterio nublados por la selva.

—Este es el río Zarkheba, que es la Muerte —dijo Bêlit—. Sus aguas son venenosas. ¿Ves qué oscuras y turbias corren? Solo reptiles venenosos viven en ese río. La gente negra lo evita. Una vez una galera estigia, huyendo de mí, escapó río arriba y desapareció. Anclé en este mismo lugar, y días después, la galera bajó flotando por las aguas oscuras, con sus cubiertas manchadas de sangre y desiertas. Solo había un hombre a bordo, y estaba loco y murió balbuceando. La carga estaba intacta, pero la tripulación se había desvanecido en el silencio y el misterio.

»Amante mío, creo que hay una ciudad en algún lugar de ese río. He oído historias de torres gigantes y murallas vislumbradas a lo lejos por marineros que se atrevieron a subir parte del río. No tememos nada: ¡Conan, vamos y saqueemos esa ciudad!

Conan estuvo de acuerdo. Generalmente estaba de acuerdo con sus planes. La suya era la mente que dirigía sus incursiones, el suyo el brazo que llevaba a cabo sus ideas. Poco le importaba dónde navegaran o con quién lucharan, siempre que navegaran y lucharan. Encontraba la vida buena.

La batalla y las incursiones habían reducido su tripulación; solo quedaban unos ochenta lanceros, apenas suficientes para manejar la larga galera. Pero Bêlit no quería tomarse el tiempo de hacer el largo viaje hacia el sur a los reinos insulares donde reclutaba a sus bucaneros. Ardía de impaciencia por su última aventura; así que el Tigresa viró hacia la boca del río, los remeros tirando con fuerza mientras remontaban la ancha corriente.

Doblaron la curva misteriosa que ocultaba la vista del mar, y la puesta de sol los encontró avanzando constantemente contra el flujo lento, evitando los bancos de arena donde se enroscaban extraños reptiles. No vieron ni un cocodrilo, ni ninguna bestia de cuatro patas o pájaro alado bajando a la orilla del agua para beber. A través de la oscuridad que precedió a la salida de la luna avanzaron, entre orillas que eran sólidas empalizadas de oscuridad, de donde provenían misteriosos susurros y pasos sigilosos, y el brillo de ojos sombríos. Y una vez una voz inhumana se alzó en una burla terrible: el grito de un simio, dijo Bêlit, añadiendo que las almas de los hombres malvados eran aprisionadas en estos animales con forma humana como castigo por crímenes pasados. Pero Conan dudaba, pues una vez, en una jaula con barrotes de oro en una ciudad hyrkana, había visto una bestia abismal de ojos tristes que los hombres le dijeron que era un simio, y no había habido en ella nada de la malevolencia demoníaca que vibraba en la risa chillona que resonaba desde la selva negra.

Entonces salió la luna, una salpicadura de sangre, barrada de ébano, y la selva despertó en un horrible alboroto para saludarla. Rugidos, aullidos y gritos hicieron temblar a los guerreros negros, pero todo este ruido, notó Conan, provenía de más atrás en la selva, como si las bestias, no menos que los hombres, rehuyeran las aguas negras del Zarkheba.

Elevándose sobre la negra densidad de los árboles y sobre las frondas ondulantes, la luna plateó el río, y su estela se convirtió en un centelleo ondulado de burbujas fosforescentes que se ensanchaban como un camino brillante de joyas estallando. Los remos se sumergían en el agua brillante y salían envainados en plata helada. Las plumas en el casco del guerrero asentían al viento, y las gemas en las empuñaduras de las espadas y los arneses brillaban fríamente.

La luz fría arrancaba fuego helado de las joyas en los negros mechones agrupados de Bêlit mientras estiraba su figura ágil sobre una piel de leopar-

do arrojada en la cubierta. Apoyada en los codos, con la barbilla descansando en sus manos delgadas, miraba hacia el rostro de Conan, que descansaba a su lado, con su melena negra agitándose en la brisa suave. Los ojos de Bêlit eran joyas oscuras ardiendo a la luz de la luna.

—El misterio y el terror nos rodean, Conan, y nos deslizamos hacia el reino del horror y la muerte —dijo—. ¿Tienes miedo?

Un encogimiento de sus hombros acorazados fue su única respuesta.

—Yo tampoco tengo miedo —dijo ella meditativamente—. Nunca tuve miedo. He mirado a los colmillos desnudos de la Muerte demasiadas veces. Conan, ¿temes a los dioses?

—No pisaría su sombra —respondió el bárbaro con cautela—. Algunos dioses son fuertes para dañar, otros para ayudar; al menos eso dicen sus sacerdotes. Mitra de los hiborios debe de ser un dios fuerte, porque su pueblo ha construido sus ciudades por todo el mundo. Pero incluso los hiborios temen a Set. Y Bel, dios de los ladrones, es un buen dios. Cuando era ladrón en Zamora aprendí de él.

—¿Qué hay de tus propios dioses? Nunca te he oído invocarlos.

—Su jefe es Crom. Mora en una gran montaña. ¿De qué sirve invocarlo? Poco le importa si los hombres viven o mueren. Mejor callar que llamar su atención hacia ti; ¡te enviará condenas, no fortuna! Es sombrío y sin amor, pero al nacer infunde en el alma del hombre el poder para luchar y matar. ¿Qué más pedirán los hombres a los dioses?

—¿Pero qué hay de los mundos más allá del río de la muerte? —insistió ella.

—No hay esperanza aquí ni en el más allá en el culto de mi pueblo —respondió Conan—. En este mundo los hombres luchan y sufren en vano, encontrando placer solo en la brillante locura de la batalla; al morir, sus almas entran en un reino gris y brumoso de nubes y vientos helados, para vagar sin alegría por toda la eternidad.

Bêlit se estremeció.

—La vida, mala como es, es mejor que tal destino. ¿Qué crees tú, Conan?

Él se encogió de hombros.

—He conocido muchos dioses. Quien los niega es tan ciego como quien confía en ellos demasiado profundamente. No busco más allá de la muerte. Puede ser la negrura afirmada por los escépticos nemedios, o el reino de hielo y nube de Crom, o las llanuras nevadas y los salones abovedados del Valhalla de los nordheimr. No lo sé, ni me importa. Déjame vivir intensamente mientras viva; déjame conocer los ricos jugos de la carne roja y el vino picante en mi paladar, el abrazo caliente de brazos blancos, la loca exaltación de la batalla cuando las hojas azules llamean y se ponen carmesíes, y estoy contento. Que los maestros y sacerdotes y filósofos mediten sobre cuestiones de realidad e ilusión. Sé esto: si la vida es ilusión, entonces yo no soy menos ilusión, y siendo así, la ilusión es real para mí. Vivo, ardo de vida, amo, mato, y estoy contento.

—Pero los dioses son reales —dijo ella, siguiendo su propia línea de pensamiento—. Y por encima de todos están los dioses de los shemitas: Ishtar y Ashtoreth y Derketo y Adonis. Bel, también, es shemita, pues nació en la antigua Shumir, hace mucho, mucho tiempo y salió riendo, con barba rizada y ojos sabios y traviosos, para robar las gemas de los reyes de los tiempos antiguos.

»Hay vida más allá de la muerte, lo sé, y sé esto también, Conan de Cimmeria —se levantó ágilmente sobre sus rodillas y lo atrapó en un abrazo de pantera—: ¡mi amor es más fuerte que cualquier muerte! He yacido en tus brazos, jadeando con la violencia de nuestro amor; me has sostenido y aplastado y conquistado, atrayendo mi alma a tus labios con la fiereza de tus besos amoratados. ¡Mi corazón está soldado a tu corazón, mi alma es parte de tu alma! Si yo estuviera muerta y tú luchando por la vida, volvería del abismo para ayudarte; ¡sí, ya fuera que mi espíritu flotara con las velas púrpuras en el mar de cristal del paraíso, o se retorciera en las llamas fundidas del infierno! ¡Soy tuya, y todos los dioses y todas sus eternidades no nos separarán!

Un grito sonó desde el vigía en la proa. Apartando a Bêlit, Conan saltó, su espada un largo destello plateado a la luz de la luna, su cabello erizado por lo que vio. El guerrero negro colgaba sobre la cubierta, sostenido por lo que parecía un oscuro tronco de árbol flexible arqueándose sobre la barandilla. Entonces se dio cuenta de que era una serpiente gigantesca que había retorcido su brillante longitud por el costado de la proa y agarrado al desventurado guerrero en sus mandíbulas. Sus escamas goteantes brillaban

leprosas a la luz de la luna mientras alzaba su forma muy por encima de la cubierta, mientras el hombre herido gritaba y se retorció como un ratón en los colmillos de una pitón. Conan corrió hacia la proa y, blandiendo su gran espada, cortó casi por completo el tronco gigante, que era más grueso que el cuerpo de un hombre. La sangre empapó las barandillas mientras el monstruo moribundo se balanceaba hacia afuera, todavía agarrando a su víctima, y se hundía en el río, anillo por anillo, batiendo el agua en espuma sangrienta, en la que hombre y reptil desaparecieron juntos.

A partir de entonces Conan mantuvo la guardia del vigía él mismo, pero ningún otro horror salió arrastrándose de las profundidades turbias, y cuando el amanecer blanqueó sobre la selva, avistó los colmillos negros de torres sobresaliendo entre los árboles. Llamó a Bêlit, que dormía en la cubierta, envuelta en su capa escarlata; y ella saltó a su lado, con los ojos llameantes. Sus labios se separaron para dar órdenes a sus guerreros de tomar arcos y lanzas; entonces sus hermosos ojos se abrieron de par en par.

Era solo el fantasma de una ciudad lo que miraban cuando despejaron una punta cubierta de selva que sobresalía y viraron hacia la orilla curva. Las malas hierbas y la exuberante hierba del río crecían entre las piedras de muelles rotos y pavimentos destrozados que una vez habían sido calles y plazas espaciosas y amplios patios. Desde todos los lados, excepto el que daba al río, la selva se arrastraba, enmascarando columnas caídas y montículos desmoronados con un verde venenoso. Aquí y allá, torres pandeantes se tambaleaban ebrias contra el cielo de la mañana, y pilares rotos sobresalían entre los muros en decadencia. En el espacio central, una pirámide de mármol estaba coronada por una delgada columna, y en su pináculo estaba sentado o en cuclillas algo que Conan supuso que era una imagen hasta que sus agudos ojos detectaron vida en ella.

—Es un gran pájaro —dijo uno de los guerreros, de pie en la proa.

—Es un murciélago monstruoso —insistió otro.

—Es un simio —dijo Bêlit.

Justo entonces la criatura extendió amplias alas y se alejó aleteando hacia la selva.

—Un simio alado —dijo el viejo N'Yaga con inquietud—. Mejor nos hubiéramos cortado la garganta que venir a este lugar. Está embrujado.

Bêlit se burló de sus supersticiones y ordenó que la galera se acercara a la orilla y se atara a los muelles desmoronados. Fue la primera en saltar a tierra, seguida de cerca por Conan, y tras ellos marcharon los piratas de piel de ébano, con plumas blancas ondeando al viento de la mañana, lanzas listas, ojos rodando con duda hacia la selva circundante.

Sobre todo ello pesaba un silencio tan siniestro como el de una serpiente dormida. Bêlit posó pintorescamente entre las ruinas, la vida vibrante en su figura ágil contrastando extrañamente con la desolación y la decadencia a su alrededor. El sol se encendió lentamente, hoscamente, sobre la selva, inundando las torres con un oro opaco que dejaba sombras acechando bajo los muros tambaleantes. Bêlit señaló una delgada torre redonda que se tambaleaba sobre su base podrida. Una amplia extensión de losas agrietadas y cubiertas de hierba conducía a ella, flanqueada por columnas caídas, y ante ella se alzaba un altar masivo. Bêlit fue rápidamente a lo largo del antiguo suelo y se paró ante él.

—Este era el templo de los antiguos —dijo—. Mirad, podéis ver los canales para la sangre a los lados del altar, y las lluvias de diez mil años no han lavado las manchas oscuras de ellos. Los muros han caído todos, pero este bloque de piedra desafía al tiempo y a los elementos.

—¿Pero quiénes eran estos antiguos? —preguntó Conan.

Ella extendió sus manos delgadas con impotencia.

—Ni siquiera en las leyendas se menciona esta ciudad. ¡Pero mirad los asideros en cada extremo del altar! Los sacerdotes a menudo ocultan sus tesoros debajo de sus altares. Que cuatro de vosotros agarren y vean si pueden levantarlo.

Se apartó para dejarles sitio, mirando hacia la torre que se alzaba ebria sobre ellos. Tres de los negros más fuertes habían agarrado los asideros cortados en la piedra —curiosamente inadecuados para manos humanas— cuando Bêlit saltó hacia atrás con un grito agudo. Se congelaron en sus sitios, y Conan, inclinándose para ayudarlos, giró con una maldición sobresaltada.

—Una serpiente en la hierba —dijo ella, retrocediendo—. Ven y máatala; el resto de vosotros doblad vuestras espaldas contra la piedra.

Conan fue rápidamente hacia ella, otro ocupando su lugar. Mientras escaneaba impacientemente la hierba en busca del reptil, los gigantes negros afianzaron sus pies, gruñeron y tiraron con sus enormes músculos enroscándose y tensándose bajo su piel de ébano. El altar no se levantó del suelo, sino que giró repentinamente sobre su costado. Y simultáneamente hubo un retumbo chirriante arriba y la torre se vino abajo, cubriendo a los cuatro hombres negros con mampostería rota.

Un grito de horror se elevó de sus camaradas. Los delgados dedos de Bêlit se clavaron en los músculos del brazo de Conan.

—No había serpiente —susurró—. Fue solo una artimaña para llamarte. Temí; los antiguos guardaban bien su tesoro. Despejemos las piedras.

Con un trabajo hercúleo lo hicieron, y sacaron los cuerpos destrozados de los cuatro hombres. Y debajo de ellos, manchada con su sangre, los piratas encontraron una cripta tallada en la piedra sólida. El altar, abisagrado curiosamente con varillas de piedra y cavidades en un lado, había servido como su tapa. Y a primera vista la cripta parecía rebosar de fuego líquido, capturando la luz temprana con un millón de facetas ardientes. Una riqueza inimaginable yacía ante los ojos de los piratas boquiabiertos; diamantes, rubíes, heliotropos, zafiros, turquesas, piedras lunares, ópalos, esmeraldas, amatistas, gemas desconocidas que brillaban como los ojos de mujeres malvadas. La cripta estaba llena hasta el borde con piedras brillantes que el sol de la mañana convertía en llamas lambentes.

Con un grito, Bêlit cayó de rodillas entre los escombros manchados de sangre en el borde y hundió sus brazos blancos hasta los hombros en ese estanque de esplendor. Los retiró, agarrando algo que trajo otro grito a sus labios: una larga cadena de piedras carmesíes que eran como coágulos de sangre congelada ensartados en un grueso alambre de oro. En su brillo, la luz dorada del sol cambió a una bruma sangrienta.

Los ojos de Bêlit eran como los de una mujer en trance. El alma shemita encuentra una brillante embriaguez en las riquezas y el esplendor material, y la vista de este tesoro podría haber sacudido el alma de un emperador saciado de Shushan.

—¡Tomad las joyas, perros! —su voz era aguda por sus emociones.

— ¡Mirad! — un musculoso brazo negro señaló hacia el Tigresa , y Bêlit giró, con sus labios carmesíes en un gruñido, como si esperara ver a un corsario rival llegando para despojarla de su botín. Pero desde las bordas del barco una forma oscura se elevó, remontando el vuelo sobre la selva.

— El simio-diablo ha estado investigando el barco — murmuraron los negros con inquietud.

— ¿Qué importa? — gritó Bêlit con una maldición, retirando un mechón rebelde con una mano impaciente—. Haced una camilla de lanzas y mantos para llevar estas joyas... ¿adónde diablos vas?

— A mirar la galera — gruñó Conan—. Esa cosa-murciélago podría haber hecho un agujero en el fondo, por lo que sabemos.

Corrió velozmente por el muelle agrietado y saltó a bordo. Un momento de examen rápido bajo cubierta, y maldijo con ganas, lanzando una mirada nublada en la dirección en que el ser-murciélago había desaparecido. Regresó apresuradamente con Bêlit, supervisando el saqueo de la cripta. Ella se había enrollado el collar alrededor del cuello, y sobre su pecho blanco desnudo los coágulos rojos brillaban oscuramente. Un enorme negro desnudo estaba metido hasta la entrepierna en la cripta rebosante de joyas, recogiendo grandes puñados de esplendor para pasarlos a manos ansiosas arriba. Cadenas de iridiscencia congelada colgaban entre sus dedos oscuros; gotas de fuego rojo goteaban de sus manos, apiladas con luz de estrellas y arcoíris. Era como si un titán negro estuviera a horcajadas en los pozos brillantes del infierno, con sus manos levantadas llenas de estrellas.

— Ese diablo volador ha reventado los barriles de agua — dijo Conan—. Si no hubiéramos estado tan aturdidos por estas piedras habríamos oído el ruido. Fuimos tontos al no dejar un hombre de guardia. No podemos beber el agua de este río. Tomaré veinte hombres y buscaré agua fresca en la selva.

Ella lo miró vagamente, en sus ojos el brillo en blanco de su extraña pasión, sus dedos trabajando en las gemas sobre su pecho.

— Muy bien — dijo distraídamente, sin apenas prestarle atención—. Subiré el botín a bordo.

La selva se cerró rápidamente sobre ellos, cambiando la luz de oro a gris. De las ramas verdes arqueadas colgaban enredaderas como pitones. Los

guerreros formaron en fila india, arrastrándose a través de los crepúsculos primordiales como fantasmas negros siguiendo a un fantasma blanco.

La maleza no era tan espesa como Conan había anticipado. El suelo era esponjoso pero no fangoso. Lejos del río, se inclinaba gradualmente hacia arriba. Más y más profundamente se sumergieron en las profundidades verdes y ondulantes, y aun así no había señal de agua, ni corriente ni charca estancada. Conan se detuvo de repente, sus guerreros congelándose en estatuas de basalto. En el tenso silencio que siguió, el cimmerico sacudió la cabeza con irritación.

—Seguid adelante —gruñó a un subjefe, N'Gora—. Marchad recto hasta que ya no podáis verme; luego deteneos y esperadme. Creo que nos están siguiendo. Oí algo.

Los negros arrastraron los pies con inquietud, pero hicieron lo que se les dijo. Mientras avanzaban, Conan se puso rápidamente detrás de un gran árbol, mirando hacia atrás por el camino por el que habían venido. De esa fortaleza frondosa podría surgir cualquier cosa. No ocurrió nada; los débiles sonidos de los lanceros en marcha se desvanecieron en la distancia. Conan de repente se dio cuenta de que el aire estaba impregnado de un aroma ajeno y exótico. Algo rozó suavemente su sien. Se volvió rápidamente. De un grupo de tallos verdes, curiosamente frondosos, grandes flores negras le saludaban con la cabeza. Una de ellas lo había tocado. Parecían llamarlo, arquear sus tallos flexibles hacia él. Se extendían y crujían, aunque no soplaban viento.

Retrocedió, reconociendo el loto negro, cuyo jugo era muerte, y cuyo aroma traía un sueño embrujado por visiones. Pero ya sentía un letargo sutil apoderándose de él. Trató de levantar su espada, de cortar los tallos serpentinos, pero su brazo colgó sin vida a su lado. Abrió la boca para gritar a sus guerreros, pero solo salió un débil estertor. Al instante siguiente, con espantosa rapidez, la selva se agitó y se oscureció ante sus ojos; no oyó los gritos que estallaron terriblemente no muy lejos, mientras sus rodillas colapsaban, dejándolo caer inerte a la tierra. Sobre su forma postrada, las grandes flores negras asentían en el aire sin viento.

III - EL HORROR EN LA SELVA

¿Fue un sueño lo que trajo el loto nocturno?

Entonces maldito el sueño que compró mi vida lenta;

Y maldita cada hora rezagada que no ve

Sangre caliente gotear negra del cuchillo carmesí.

La Canción de Bêlit

Primero hubo la negrura de un vacío absoluto, con los vientos fríos del espacio cósmico soplando a través de él. Luego formas, vagas, monstruosas y evanescentes, rodaron en tenue panorama a través de la extensión de la nada, como si la oscuridad estuviera tomando forma material. Los vientos soplaron y se formó un vórtice, una pirámide giratoria de negrura rugiente. De ella crecieron Forma y Dimensión; luego, de repente, como nubes dispersándose, la oscuridad se apartó a ambos lados y una enorme ciudad de piedra verde oscuro se alzó en la orilla de un ancho río, fluyendo a través de una llanura ilimitada. A través de esta ciudad se movían seres de configuración alienígena.

Fundidos en el molde de la humanidad, claramente no eran hombres. Eran alados y de proporciones heroicas; no una rama en el misterioso tallo de la evolución que culminó en el hombre, sino la flor madura en un árbol extraño, separado y aparte de ese tallo. Aparte de sus alas, en apariencia física se parecían al hombre solo como el hombre en su forma más alta se parece a los grandes simios. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran superiores al hombre como el hombre es superior al gorila. Pero cuando levantaron su colosal ciudad, los ancestros primarios del hombre aún no se habían levantado del limo de los mares primordiales.

Estos seres eran mortales, como lo son todas las cosas construidas de carne y sangre. Vivían, amaban y morían, aunque el lapso individual de vida era enorme. Entonces, después de incontables millones de años, comenzó el Cambio. La vista brilló y osciló, como una imagen proyectada en una cortina movida por el viento. Sobre la ciudad y la tierra las eras fluyeron como las olas fluyen sobre una playa, y cada ola trajo alteraciones. En algún lugar del planeta los centros magnéticos se estaban desplazando; los grandes glaciares y campos de hielo se retiraban hacia los nuevos polos.

El litoral del gran río se alteró. Las llanuras se convirtieron en pantanos que apestabán a vida reptiliana. Donde habían rodado prados fértiles, se alzaron bosques, creciendo en selvas húmedas. Las eras cambiantes obraron también sobre los habitantes de la ciudad. No emigraron a tierras más frescas. Razones inexplicables para la humanidad los retuvieron en la antigua ciudad y su perdición. Y a medida que esa tierra una vez rica y poderosa se hundía más y más en el fango negro de la selva sin sol, así en el caos de la vida selvática chillona se hundió la gente de la ciudad. Terribles convulsiones sacudieron la tierra; las noches eran espeluznantes con volcanes en erupción que bordeaban los oscuros horizontes con pilares rojos.

Después de un terremoto que derribó los muros exteriores y las torres más altas de la ciudad, e hizo que el río corriera negro durante días con alguna sustancia letal vomitada desde las profundidades subterráneas, un cambio químico espantoso se hizo evidente en las aguas que la gente había bebido durante milenios incontables.

Muchos murieron al beberla; y en los que vivieron, la bebida obró un cambio, sutil, gradual y espeluznante. Al adaptarse a las condiciones cambiantes, se habían hundido muy por debajo de su nivel original. Pero las aguas letales los alteraron aún más horriblemente, de generación en generación más bestial. Aquellos que habían sido dioses alados se convirtieron en demonios con alas, con todo lo que quedaba del vasto conocimiento de sus ancestros distorsionado, pervertido y retorcido en caminos espantosos. Así como se habían elevado más alto de lo que la humanidad podría soñar, así se hundieron más bajo de lo que alcanzan las pesadillas más locas del hombre. Murieron rápido, por canibalismo y horribles disputas libradas en la oscuridad de la selva de medianoche. Y al final, entre las ruinas cubiertas de líquenes de su ciudad, solo una forma acechaba, una perversión de la naturaleza atrofiada y aborrecible.

Entonces aparecieron humanos por primera vez: hombres de piel oscura y cara de halcón en arneses de cobre y cuero, portando arcos: los guerreros de la Estigia prehistórica. Solo había cincuenta de ellos, y estaban demacrados y flacos por el hambre y el esfuerzo prolongado, manchados y arañados por vagar por la selva, con vendajes con costras de sangre que hablaban de luchas feroces. En sus mentes había una historia de guerra y derrota, y huida ante una tribu más fuerte que los condujo siempre hacia el sur, hasta que se perdieron en el océano verde de selva y río.

Agotados, se acostaron entre las ruinas donde flores rojas que florecen solo una vez en un siglo ondeaban bajo la luna llena, y el sueño cayó sobre ellos. Y mientras dormían, una forma horrible salió reptando de las sombras con ojos rojos y realizó ritos extraños y terribles alrededor y sobre cada durmiente. La luna colgaba en el cielo sombrío, pintando la selva de rojo y negro; sobre los durmientes brillaban las flores carmesíes, como salpicaduras de sangre. Luego la luna se puso y los ojos del nigromante eran joyas rojas engastadas en el ébano de la noche.

Cuando el amanecer extendió su velo blanco sobre el río, no se veía a ningún hombre: solo un horror alado y peludo que se agazapaba en el centro de un anillo de cincuenta grandes hienas manchadas que apuntaban hocicos temblorosos al cielo fantasmal y aullaban como almas en el infierno.

Luego, escena siguió a escena tan rápidamente que cada una tropezaba con los talones de su predecesora. Hubo una confusión de movimiento, un retorcimiento y fusión de luces y sombras, contra un fondo de selva negra, ruinas de piedra verde y río turbio. Hombres negros subían por el río en largos botes con calaveras sonriendo en las proas, o robaban agachados entre los árboles, lanza en mano. Huían gritando a través de la oscuridad de ojos rojos y colmillos babeantes. Aullidos de hombres moribundos sacudían las sombras; pies sigilosos caminaban por la penumbra, ojos de vampiro ardían rojizamente. Hubo festines espantosos bajo la luna, a través de cuyo disco rojo una sombra parecida a un murciélago barría incesantemente.

Luego, abruptamente, grabada claramente en contraste con estos vislumbres impresionistas, alrededor de la punta selvática en el amanecer blanqueador barrió una larga galera, atestada de brillantes figuras de ébano, y en la proa estaba un fantasma de piel blanca en acero azul.

Fue en este punto que Conan se dio cuenta por primera vez de que estaba soñando. Hasta ese instante no había tenido conciencia de existencia individual. Pero al verse a sí mismo pisando las tablas del Tigresa, reconoció tanto la existencia como el sueño, aunque no despertó.

Incluso mientras se maravillaba, la escena cambió abruptamente a un claro de la selva donde N'Gora y diecinueve lanceros negros estaban parados, como si esperaran a alguien. Incluso mientras se daba cuenta de que era a él a quien esperaban, un horror se abatió desde los cielos y su impasibilidad se rompió con gritos de miedo. Como hombres enloquecidos por el terror, arrojaron sus armas y corrieron salvajemente por la selva, presionados de cerca por la monstruosidad babeante que batía sus alas sobre ellos.

Caos y confusión siguieron a esta visión, durante la cual Conan luchó débilmente por despertar. Vagamente le pareció verse a sí mismo yaciendo bajo un racimo de flores negras que asentían, mientras de los arbustos una forma horrible se arrastraba hacia él. Con un esfuerzo salvaje rompió los lazos invisibles que lo ataban a sus sueños, y se incorporó de golpe.

Había desconcierto en la mirada que lanzó a su alrededor. Cerca de él se mecía el loto oscuro, y se apresuró a alejarse de él.

En el suelo esponjoso cercano había una huella como si un animal hubiera sacado una pata, preparándose para emerger de los arbustos, y luego la hubiera retirado. Parecía el rastro de una hiena increíblemente grande.

Gritó llamando a N'Gora. Un silencio primordial pesaba sobre la selva, en el que sus gritos sonaban frágiles y huecos como una burla. No podía ver el sol, pero su instinto entrenado en la naturaleza le dijo que el día estaba cerca de su fin. Un pánico surgió en él al pensar que había permanecido sin sentido durante horas. Siguió apresuradamente las huellas de los lanceros, que yacían claras en la marga húmeda ante él. Corrían en fila india, y pronto emergió a un claro... para detenerse en seco, con la piel erizándosele entre los hombros al reconocerlo como el claro que había visto en su sueño drogado por el loto. Escudos y lanzas yacían esparcidos como si hubieran sido soltados en una huida precipitada.

Y por las huellas que salían del claro y se adentraban más en las fortalezas, Conan supo que los lanceros habían huido salvajemente. Las huellas se superponían unas a otras; se tejían ciegamente entre los árboles. Y con

sorprendente brusquedad, el cimmerio apresurado salió de la selva hacia una roca parecida a una colina que se inclinaba pronunciadamente, para romperse abruptamente en un precipicio de cuarenta pies de altura. Y algo estaba agazapado en el borde.

Al principio Conan pensó que era un gran gorila negro. Luego vio que era un hombre negro gigante que se agazapaba como un simio, con los largos brazos colgando, la espuma goteando de los labios sueltos. No fue hasta que, con un grito sollozante, la criatura levantó enormes manos y corrió hacia él, que Conan reconoció a N'Gora. El hombre negro no prestó atención al grito de Conan mientras cargaba, con los ojos vueltos hacia arriba mostrando el blanco, los dientes brillando, el rostro convertido en una máscara inhumana.

Con la piel erizándosele por el horror que la locura siempre instila en los cuerdos, Conan pasó su espada a través del cuerpo del hombre negro; luego, evitando las manos ganchudas que arañaban hacia él mientras N'Gora se hundía, caminó hacia el borde del acantilado.

Por un instante se quedó mirando hacia las rocas dentadas de abajo, donde yacían los lanceros de N'Gora, en actitudes flácidas y distorsionadas que hablaban de miembros aplastados y huesos astillados. Ninguno se movía. Una nube de enormes moscas negras zumbaba ruidosamente sobre las piedras salpicadas de sangre; las hormigas ya habían comenzado a roer los cadáveres. En los árboles alrededor se posaban aves de rapiña, y un chacal, mirando hacia arriba y viendo al hombre en el acantilado, se escabulló furtivamente.

Por un pequeño espacio Conan permaneció inmóvil. Luego giró y corrió de vuelta por donde había venido, lanzándose con prisa temeraria a través de la hierba alta y los arbustos, saltando enredaderas que se extendían como serpientes a través de su camino. Su espada oscilaba baja en su mano derecha, y una palidez inusual teñía su rostro oscuro.

El silencio que reinaba en la selva no se rompió. El sol se había puesto y grandes sombras se precipitaban hacia arriba desde el limo de la tierra negra. A través de las gigantescas sombras de la muerte acechante y la sombría desolación, Conan era un destello veloz de escarlata y acero azul. Ningún sonido en toda la soledad se oía excepto su propio jadeo rápido

mientras irrumpía de las sombras hacia el tenue crepúsculo de la orilla del río.

Vio la galera empujando el muelle podrido, las ruinas tambaleándose ebrias en la media luz gris.

Y aquí y allá entre las piedras había manchas de color crudo y brillante, como si una mano descuidada hubiera salpicado con un pincel carmesí.

De nuevo Conan miró a la muerte y la destrucción. Ante él yacían sus lanceros, y no se levantaron para saludarlo. Desde el borde de la selva hasta la orilla del río, entre los pilares podridos y a lo largo de los muelles rotos yacían, desgarrados y mutilados y medio devorados, parodias masticadas de hombres.

Todo alrededor de los cuerpos y pedazos de cuerpos había enjambres de enormes huellas, como las de hienas.

Conan llegó silenciosamente al muelle, acercándose a la galera sobre cuya cubierta estaba suspendido algo que brillaba blanco marfil en el tenue crepúsculo. Sin habla, el cimmerico miró a la Reina de la Costa Negra mientras colgaba de la verga de su propia galera. Entre la verga y su garganta blanca se extendía una línea de coágulos carmesíes que brillaban como sangre en la luz gris.

IV - EL ATAQUE DESDE EL AIRE

Las sombras eran negras a su alrededor,

Las mandíbulas goteantes se abrían de par en par,

Más espesas que la lluvia caían las gotas rojas;

Pero mi amor era más feroz que el hechizo negro de la Muerte,

Ni todos los muros de hierro del infierno

Podrían mantenerme alejada de su lado.

La Canción de Bêlit

La selva era un coloso negro que encerraba el claro sembrado de ruinas en brazos de ébano. La luna no había salido; las estrellas eran motas de ámbar caliente en un cielo sin aliento que apestaba a muerte. En la pirámide entre las torres caídas se sentaba Conan el Cimmerio como una estatua de hierro, con la barbilla apoyada en puños masivos. Afuera, en las sombras negras, pies sigilosos caminaban y ojos rojos brillaban. Los muertos yacían como habían caído. Pero en la cubierta del Tigresa, sobre una pira de bancos rotos, astiles de lanza y pieles de leopardo, yacía la Reina de la Costa Negra en su último sueño, envuelta en la capa escarlata de Conan. Como una verdadera reina yacía, con su botín apilado alto a su alrededor: sedas, paños de oro, trenzas de plata, cofres de gemas y monedas de oro, lingotes de plata, dagas enjovadas y teocalis de cuñas de oro.

Pero del botín de la ciudad maldita, solo las aguas hoscas del Zarkheba podrían decir dónde lo había arrojado Conan con una maldición pagana. Ahora estaba sentado con gesto sombrío en la pirámide, esperando a sus enemigos invisibles. La furia negra en su alma expulsaba todo miedo. Qué formas emergerían de la oscuridad no lo sabía, ni le importaba.

Ya no dudaba de las visiones del loto negro. Entendía que mientras le esperaban en el claro, N'Gora y sus camaradas habían sido aterrorizados por el monstruo alado que se abalanzaba sobre ellos desde el cielo, y huyendo en pánico ciego, habían caído por el acantilado, todos excepto su jefe, que de alguna manera había escapado a su destino, aunque no a la locura. Mientras tanto, o inmediatamente después, o tal vez antes, la destrucción de aquellos en la orilla del río se había llevado a cabo. Conan no dudaba de que la matanza a lo largo del río había sido una masacre más que una batalla. Ya desmoralizados por sus miedos supersticiosos, los negros bien podrían haber muerto sin asestar un golpe en su propia defensa al ser atacados por sus enemigos inhumanos.

Por qué le habían perdonado tanto tiempo, no lo entendía, a menos que la entidad maligna que gobernaba el río pretendiera mantenerlo vivo para torturarlo con dolor y miedo. Todo apuntaba a una inteligencia humana o sobrehumana: la rotura de los barriles de agua para dividir las fuerzas, el conducir a los negros por el acantilado, y por último y más grande, la broma macabra del collar carmesí anudado como la soga de un verdugo alrededor del cuello blanco de Bêlit.

Habiendo guardado aparentemente al cimmerico como la víctima elegida, y extraído la última onza de exquisita tortura mental, era probable que el enemigo desconocido concluyera el drama enviándolo tras las otras víctimas. Ninguna sonrisa curvó los labios sombríos de Conan ante el pensamiento, pero sus ojos estaban iluminados con una risa de hierro.

La luna salió, arrancando fuego del casco con cuernos del cimmerico. Ninguna llamada despertó los ecos; sin embargo, de repente la noche se tensó y la selva contuvo el aliento. Instintivamente Conan aflojó la gran espada en su vaina. La pirámide en la que descansaba tenía cuatro lados, uno —el lado hacia la selva— tallado en amplios escalones. En su mano había un arco shemita, como los que Bêlit había enseñado a usar a sus piratas. Un montón de flechas yacía a sus pies, con los extremos emplumados hacia él, mientras descansaba sobre una rodilla.

Algo se movió en la oscuridad bajo los árboles. Grabado abruptamente en la luna naciente, Conan vio una cabeza y unos hombros oscuramente recortados, de contorno brutal. Y ahora de las sombras salieron formas oscuras silenciosas, velozmente, corriendo bajo: veinte grandes hienas manchadas. Sus colmillos babeantes brillaban a la luz de la luna, sus ojos ardían como nunca ardieron los ojos de una bestia verdadera.

Veinte: entonces las lanzas de los piratas se habían cobrado su peaje de la manada, después de todo. Incluso mientras pensaba esto, Conan llevó la muesca a la oreja, y al tañido de la cuerda una sombra de ojos de llama saltó alto y cayó retorciéndose. El resto no vaciló; siguieron adelante, y como una lluvia de muerte entre ellos cayeron las flechas del cimmerico, impulsadas con toda la fuerza y precisión de tendones acerados respaldados por un odio caliente como los montones de escoria del infierno.

En su furia berserker no falló; el aire se llenó de destrucción emplumada. Los estragos causados entre la manada que se precipitaba fueron asom-

brosos. Menos de la mitad de ellos alcanzaron el pie de la pirámide. Otros cayeron sobre los amplios escalones. Mirando hacia abajo a los ojos llameantes, Conan supo que estas criaturas no eran bestias; no era meramente en su tamaño antinatural que sentía una diferencia blasfema. Exudaban un aura tangible como la niebla negra que se levanta de un pantano sembrado de cadáveres. Por qué alquimia impía estos seres habían sido traídos a la existencia, no podía adivinarlo; pero sabía que se enfrentaba a un diabolismo más negro que el Pozo de Skelos.

Saltando a sus pies, dobló su arco poderosamente y disparó su última flecha a quemarropa a una gran forma peluda que se elevaba hacia su garganta. La flecha fue un rayo volador de luz de luna que brilló hacia adelante con solo un borrón en su curso, pero la bestia-hombre se hundió convulsivamente en el aire y se estrelló de cabeza, atravesada de parte a parte.

Entonces el resto estuvo sobre él, en una acometida de pesadilla de ojos llameantes y colmillos goteantes. Su espada ferozmente impulsada cortó al primero en dos; luego el impacto desesperado de los otros lo derribó. Aplastó un cráneo estrecho con el pomo de su empuñadura, sintiendo el hueso astillarse y sangre y sesos brotar sobre su mano; luego, soltando la espada, inútil en tales cuartos mortales tan cerrados, agarró las gargantas de los dos horrores que lo estaban rasgando y desgarrando con furia silenciosa. Un aroma acre y fétido casi lo asfixió, su propio sudor lo cegó. Solo su cota de malla lo salvó de ser hecho trizas en un instante. Al siguiente, su mano derecha desnuda se cerró sobre una garganta peluda y la abrió. Su mano izquierda, fallando la garganta de la otra bestia, atrapó y rompió su pata delantera. Un aullido corto, el único grito en esa batalla sombría, y espantosamente humano, estalló de la bestia mutilada. Ante el horror enfermo de ese grito de una garganta bestial, Conan relajó involuntariamente su agarre.

Uno, con la sangre brotando de su yugular desgarrada, se lanzó hacia él en un último espasmo de ferocidad, y clavó sus colmillos en su garganta, para caer muerto, incluso mientras Conan sentía la agonía desgarradora de su agarre.

El otro, saltando hacia adelante sobre tres patas, estaba acuchillando su vientre como un lobo acuchilla, rasgando realmente los eslabones de su malla. Arrojando a un lado a la bestia moribunda, Conan agarró al horror lisiado y, con un esfuerzo muscular que arrancó un gemido de sus labios

manchados de sangre, se levantó, agarrando al demonio que luchaba y desgarraba en sus brazos. Un instante se tambaleó perdiendo el equilibrio, con su aliento fétido caliente en sus fosas nasales; sus mandíbulas chasqueando en su cuello; luego lo arrojó lejos de él, para estrellarse con fuerza rompiendo escaleras abajo de mármol.

Mientras se tambaleaba sobre piernas ampliamente separadas, sollozando por aire, con la selva y la luna nadando sangrientamente ante su vista, el batir de alas de murciélago sonó fuerte en sus oídos. Agachándose, buscó a tientas su espada, y balanceándose hasta ponerse erguido, afianzó sus pies ebriamente y levantó la gran hoja sobre su cabeza con ambas manos, sacudiendo la sangre de sus ojos mientras buscaba en el aire sobre él a su enemigo.

En lugar de un ataque desde el aire, la pirámide se tambaleó repentina y terriblemente bajo sus pies. Oyó un crujido retumbante y vio la alta columna sobre él ondear como una varita. Agujoneado a una vida galvanizada, saltó lejos; sus pies golpearon un escalón, a mitad de camino, que se meció bajo él, y su siguiente salto desesperado lo llevó a salvo. Pero incluso mientras sus talones golpeaban la tierra, con un estruendo demoledor como una montaña rompiéndose, la pirámide se desmoronó, la columna se vino abajo tronando en fragmentos explosivos. Por un instante ciego y cataclísmico el cielo pareció llover fragmentos de mármol. Luego, un escombros de piedra destrozada yació blanco bajo la luna.

Conan se movió, quitándose las astillas que lo cubrían a medias. Un golpe de refilón le había arrancado el casco y lo había aturcido momentáneamente. Sobre sus piernas yacía un gran trozo de la columna, inmovilizando. No estaba seguro de que sus piernas no estuvieran rotas. Sus mechones negros estaban pegados con sudor; la sangre goteaba de las heridas en su garganta y manos. Se incorporó sobre un brazo, luchando con los escombros que lo aprisionaban.

Entonces algo barrió a través de las estrellas y golpeó el césped cerca de él. Girándose, lo vio: ¡el alado!

Con velocidad temible se precipitaba sobre él, y en ese instante Conan solo tuvo una impresión confusa de una forma gigantesca parecida a un hombre lanzándose sobre piernas arqueadas y atrofiadas; de enormes brazos peludos extendiendo patas deformes de uñas negras; de una cabeza malfor-

mada, en cuya ancha cara los únicos rasgos reconocibles como tales eran un par de ojos rojo sangre. Era una cosa ni hombre, ni bestia, ni diablo, imbuida con características subhumanas así como características sobrehumanas.

Pero Conan no tuvo tiempo para un pensamiento consecutivo consciente. Se arrojó hacia su espada caída, y sus dedos en garra la fallaron por pulgadas. Desesperadamente agarró el fragmento que inmovilizaba sus piernas, y las venas se hincharon en sus sienes mientras se esforzaba por quitárselo de encima. Cedió lentamente, pero sabía que antes de que pudiera liberarse el monstruo estaría sobre él, y sabía que esas manos de garras negras eran la muerte.

La acometida precipitada del alado no había vacilado. Se elevaba sobre el cimmerico postrado como una sombra negra, con los brazos abiertos de par en par; un destello de blanco brilló entre él y su víctima.

En un instante loco ella estuvo allí: una forma blanca tensa, vibrante con un amor feroz como el de una pantera. El aturdido cimmerico vio entre él y la muerte que se precipitaba, su figura ágil, brillando como marfil bajo la luna; vio el resplandor de sus ojos oscuros, el espeso racimo de su cabello bruñido; su pecho se agitaba, sus labios rojos estaban separados, gritó aguda y resonante al sonido del acero mientras embestía al pecho del monstruo alado.

— ¡Bêlit! — gritó Conan. Ella le lanzó una rápida mirada, y en sus ojos oscuros vio su amor llameando, una cosa elemental desnuda de fuego crudo y lava fundida. Luego desapareció, y el cimmerico vio solo al demonio alado que había retrocedido con un miedo inusitado, con los brazos levantados como para defenderse del ataque. Y supo que Bêlit en verdad yacía en su pira en la cubierta del Tigresa. En sus oídos resonaba su grito apasionado: «Si yo estuviera muerta y tú luchando por la vida, volvería del abismo...»

Con un grito terrible se impulsó hacia arriba arrojando la piedra a un lado. El alado vino de nuevo, y Conan saltó para encontrarlo, sus venas ardiendo de locura. Los tendones sobresalían como cuerdas en sus antebrazos mientras blandía su gran espada, pivotando sobre su talón con la fuerza del arco de barrido. Justo por encima de las caderas atrapó a la forma que se lanzaba, y las piernas nudosas cayeron hacia un lado, el torso hacia otro mientras la hoja cortaba limpiamente a través de su cuerpo peludo.

Conan se quedó en el silencio iluminado por la luna, la espada goteante cayendo en su mano, mirando hacia abajo a los restos de su enemigo. Los ojos rojos lo miraron con vida terrible, luego se vidriaron y fijaron; las grandes manos se anudaron espasmódicamente y se pusieron rígidas. Y la raza más antigua del mundo se extinguió.

Conan levantó la cabeza, buscando mecánicamente a las cosas-bestia que habían sido sus esclavos y verdugos. Ninguno encontró su mirada. Los cuerpos que vio sembrando la hierba salpicada de luna eran de hombres, no bestias: hombres de cara de halcón y piel oscura, desnudos, atravesados por flechas o destrozados por golpes de espada. Y se estaban desmoronando en polvo ante sus ojos.

¿Por qué no había acudido el amo alado en ayuda de sus esclavos cuando él luchaba con ellos? ¿Había temido ponerse al alcance de colmillos que podrían volverse y desgarrarlo? La astucia y la cautela habían acechado en ese cráneo deforme, pero no habían servido al final.

Girando sobre sus talones, el cimmerico bajó a zancadas por los muelles podridos y subió a bordo de la galera. Unos pocos golpes de su espada la soltaron, y fue a la cabeza del timón. El Tigresa se meció lentamente en el agua hosca, deslizándose perezosamente hacia el centro del río, hasta que la ancha corriente lo atrapó. Conan se apoyó en el remo, con su mirada sombría fija en la forma envuelta en la capa que yacía de cuerpo presente en la pira cuya riqueza era igual al rescate de una emperatriz.

V - LA PIRA FUNERARIA

Ahora hemos terminado de vagar, para siempre;

No más los remos, el estribillo del arpa ventosa;

Ni el pendón carmesí asusta a la orilla oscura;

Cinturón azul del mundo, recibe de nuevo

A la que tú me diste.

La Canción de Bêlit

De nuevo el amanecer tiñó el océano. Un resplandor más rojo iluminó la boca del río. Conan de Cimmeria se apoyó en su gran espada sobre la playa blanca, observando al Tigresa balanceándose en su último viaje. No había luz en sus ojos que contemplaban las olas vidriosas. De los vastos azules ondulantes toda gloria y maravilla se habían ido. Una feroz repulsión lo sacudió mientras miraba las olas verdes que se profundizaban en brumas púrpuras de misterio.

Bêlit había sido del mar; ella le había prestado esplendor y encanto. Sin ella rodaba como un desierto estéril, lúgubre y desolado de polo a polo. Ella pertenecía al mar; a su eterno misterio la devolvía. No podía hacer más. Para él, su brillante esplendor azul era más repelente que las frondas frondosas que crujían y susurraban detrás de él sobre vastos y misteriosos yerros más allá de ellas, y en los cuales debía sumergirse.

Ninguna mano estaba en el timón del Tigresa, ningunos remos lo impulsaban a través del agua verde. Pero un viento limpio y penetrante hinchó su vela de seda, y como un cisne salvaje hiende el cielo hacia su nido, aceleró hacia el mar, con las llamas subiendo más y más alto desde su cubierta para lamer el mástil y envolver la figura que yacía envuelta en escarlata sobre la pira brillante.

Así pasó la Reina de la Costa Negra, y apoyándose en su espada manchada de rojo, Conan permaneció en silencio hasta que el resplandor rojo se hubo desvanecido muy lejos en las brumas azules y el amanecer salpicó su rosa y oro sobre el océano.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB